

Saša Stanišić

LOS ORÍGENES





© KATJA SAMANN

Entrevista a Saša Stanišić «Me gustaría olvidar algunas cosas»

POR **KARIN JANKER** PARA **GOETHE INSTITUT**

En la víspera de nuestra entrevista, **Saša Stanišić** lee en la Literaturhaus de Múnich su nuevo libro *Los orígenes*. Normalmente su lectura, con mucha gracia, hace reír al público. Pero esta vez Stanišić contiene unas lágrimas que quiebran su voz. «Esto es lo que pasa cuando trabajas con los recuerdos,», dice, «que en algún momento te alcanzan».

Señor Stanišić, ayer por la tarde tuvo que recomponerse en el escenario. Dijo que los recuerdos le habían «alcanzado». ¿Cómo se protege uno al escribir cuando el pasado se repite una y otra vez?

Los orígenes está lleno de recuerdos pero, al mismo tiempo, como texto también se mantiene a una distancia sana de ellos. Ayer por la tarde, en el encuentro, fue diferente: entre el público estaba un antiguo amigo de Heidelberg, y cuando quise leer un fragmento de nuestra época juntos allí (ni siquiera una parte muy emotiva), le miré y él me miró. Seguí leyendo, pero de repente el texto era más que solo texto, los recuerdos inundaron la sala y las imágenes de entonces comenzaron a aparecer ante mí. Tuve que hacer una pequeña pausa para tranquilizarme.

Nació en el Višegrad bosnio y en 1992 huyó de la guerra con su madre a Heidelberg. Su padre fue allí después. ¿Qué fue más difícil contar, los orígenes o la llegada?

La historia de mi familia fue más fácil de contar porque tenía menos que ver conmigo de forma directa. La llegada a Alemania, en cambio, me afectó mucho: nadie quiere narrar sufrimiento por el simple sufrimiento y coquetear con él, pero sí transmitir la experiencia de ese sufrimiento a los lectores que nunca lo han experimentado. Y entonces lo revives todo de nuevo: al investigarlo, al recordarlo y al escribirlo.

En *No soy Stiller*, de Max Frisch, se dice: «Se puede narrar todo, excepto la vida real». ¿Es cierto?

De hecho, fue más fácil narrar escenas en las que yo había sido espectador, que otras en las que había actuado. Las escenas de Oskoruša, el pueblo de mis bisabuelos que visité con mi abuela, las escribí más tranquilo que las del pequeño bungaló en Heidelberg-Emmertsgrund. Había algunas cosas que me daban vergüenza.

¿Qué cosas?

Para mí lo peor fue que mis padres recogieran algunos muebles de la basura. Lo odiaba y les hice saber que lo odiaba. Nadie debía venir a casa para ver cómo vivíamos.

Para escribir el libro habló con su familia. ¿Se creó algún conflicto por lo que estaba contando y hubo algo que sus padres quisieran mantener en secreto?

Al principio tenía una idea errónea de lo que motivó a mis padres a huir. Le pregunté a mi madre si, como inmigrante, la habían tratado mal en la lavandería donde había tenido que trabajar, o si se había enfrentado

al sexismo y la exclusión. Pero ella quería contar otras cosas, como el duro trabajo físico, las horas de calor en la lavandería. Así que eso fue lo que conté, y no las cosas que había pensado primero.

¿Entonces ha evitado la autenticidad?

Al principio quería averiguar qué era lo que había detrás de todo. La cicatriz en el muslo de mi padre, del tamaño de una bala, por la que nunca había preguntado. La pregunta clave que me hice fue: ¿qué historias de los años noventa en Heidelberg siguen siendo actuales y merecen ser contadas? Por supuesto que quería narrar algo auténtico. En el momento en el que, como autor, dices «yo» y te refieres a ti mismo, haces un trato con el lector. En mi libro no pone que sea una «novela».

A diferencia de su primer libro *Cómo el soldado repara el gramófono*, donde el narrador llamado Aleksandar cuenta en primera persona la desintegración de Yugoslavia y la huida hacia Alemania. La novela era autobiográfica, pero muy alejada del Saša que aparece en *Los orígenes*.

Cuando escribí ese libro todavía no estaba preparado para escribir un libro sobre mí mismo. En esa novela hay muchos muros que me separan de mi protagonista, de forma que cuento mi historia, pero no del todo. No se sitúa en Heidelberg, sino en Essen. Aleksandar es más innovador y autónomo a la hora de manejar los recuerdos. La carga del padre por el trabajo se excluye. Solo queda la madre en la lavandería. En lugar de contar cómo me ayudó la gente a llegar aquí, hago que Aleksandar escriba cartas a Višegrad. Todos son actos de omisión para no tener que hablar de mí mismo. En *Los orígenes* sí podía decir «yo» y referirme a mí mismo. Así cierro un círculo, siento que he completado algo.

Escribir una autobiografía también puede ser una trampa. ¿Qué importancia tiene, como autor, separarse de los recuerdos y también del origen de todo?

Es un buen cambio. Después de *Cómo el soldado repara el gramófono* escribí *Vor dem Fest (Antes de la fiesta)*, que no es autobiográfico, sino una mezcla de relatos y volvían a ser sobre mí. Al final me di cuenta de que todavía quedaban historias que quería contar. El próximo proyecto se alejará de mí mismo: invención, experimentación, nada de «yo».

El escritor Maxim Biller se burló de que en *Vor dem Fest (Antes de la fiesta)* un «nuevo alemán escribiera sobre lo alemán». ¿Le parece ofensiva esta crítica?

No me ofendió, pero sí me sorprendió. Maxim Biller ya debería saber todo esto. El origen propio no es un rasgo estético y no es necesario escribir sobre él, o de una forma concreta, solo por haber nacido en ese lugar. Privar a un escritor del derecho a tratar unos temas para que hable de otros más relacionados con su identidad no está bien.

Se le suele presentar como un «escritor bosnio-alemán». ¿Así es como se ve?

Si no fuera por mi pasaporte y mi lengua materna, debería decirse que soy un «escritor alemán». Con ese «alemán» se presupondrían unos orígenes diferentes.

¿Le molestan estas atribuciones?

Solo cuando mi lugar de nacimiento se usa como argumento para otra cosa. Por ejemplo, «divaga tanto porque es de los Balcanes» o «juega con el idioma porque aprendió alemán a los catorce años». Es como si decimos que todos los libros escritos por hombres calvos tratan únicamente del cabello. De repente ya no se habla de la obra, solo de quien la ha escrito. Y eso devalúa el trabajo, la investigación, la reflexión sobre la forma del texto y las palabras.

En los primeros meses que pasó en Heidelberg, su profesor de alemán publicó algunos artículos en periódicos sobre los ataques de Lichtenhagen, Rostock. En *Los orígenes*, el narrador elabora una lista de palabras: «suceso», «alboroto», «carga explosiva», «asfixiar»...

Cuento esta experiencia porque me marcó especialmente y, por supuesto, también tenemos que hablar del aprendizaje de idiomas y su importancia en esta sociedad en constante movimiento. Para el recién llegado, el idioma es la clave para su aceptación en Alemania. Y la aceptación de Alemania.

Y hablando de aceptación, cuando buscaba casa, en lugar de «Saša» a veces decía «Sascha». Fue el premio de la Feria del Libro de Leipzig lo que le liberó y de repente su nombre ya no era un problema para los propietarios. ¿Qué importancia tenía ese reconocimiento para un recién llegado?

Este premio literario no se trata tanto del galardón en sí como de las ventas de libros. De repente parecía que estaba ganando mucho dinero. No obstante, cuando era adolescente ya buscaba el reconocimiento y la conexión. Tenía tres grupos de amigos: los compañeros de clase alemanes con los que estudiaba, unos frikis con los que jugaba a juegos de rol...

... y la gasolinera ARAL.

Allí nos reuníamos los extranjeros casi a diario y nos contábamos nuestras aventuras. Yo estaba en la frontera entre mundos y pronto tuve una tarea especial: mientras los demás jóvenes asaban carne, yo me sentaba en el tronco de un árbol y leía mi libro de vocabulario alemán. Por entonces creía que eso molaba.

En la gasolinera, sus amigos exageraban sus historias; lo que en su libro llama «la literatura de la ARAL». Por otro lado estaba su fascinación por la poesía romántica de Eichendorff. Es una combinación muy particular.

La literatura de la ARAL ocurre cuando mi imaginación me guía. Es lo que me pasaba de pequeño y noto que mi hijo también tiene muchas ganas de inventar cosas. A Eichendorff lo conocí en la universidad. En realidad era un funcionario seco, pero en sus poemas esconde una gran nostalgia y cariño por las cosas. Lo estrecho de su oficina contrasta completamente con la amplitud de sus poemas. Anhelaba un lugar al que poder pertenecer y yo, con veinte años, me sentía identificado con eso. En el proceso de escritura de *Los orígenes* pasé una semana leyendo a Eichendorff.

A menudo ha comentado la lectura en Twitter. De hecho, tiene ya 24 000 tuits al respecto.

A veces publico grandes partes del texto en Twitter. Allí comento en lo que estoy trabajando y hago pruebas, pero nunca intentaría imitar la escritura de Twitter en mis textos.

Seguramente habría demasiados chistes.

Sí, Twitter es solo para pasar un buen rato y enterarse de cosas.

En las redes sociales se exponen los prejuicios contra los demás, aun más que cuando se presenta un libro nuevo. ¿Cómo le afecta esto?

Permito que la gente se haga una idea de cómo es mi vida, y con *Los orígenes* lo hago todavía más. Esto me ha supuesto un proceso de superación, también de superación de los prejuicios: yo antes pensaba que todos los alemanes provenían de un mundo casi fantástico y que por eso no podían entenderme. Y por eso no dejé que algunas personas formaran parte de mi vida.

Escribió su trabajo de fin de carrera sobre Wolf Haas. En 2006 ambos estuvieron entre los nominados al Premio Alemán del Libro; él con *Das Wetter vor 15 Jahren (El tiempo hace quince años)* y usted con *Cómo el soldado repara el gramófono*. Solo uno consiguió estar entre los finalistas.

Y me dedicó un comentario maravilloso. Ahora el alumno había superado al maestro. Soy un gran admirador de Wolf Haas y su sentido del humor. Una vez vino a una lectura de *Vor dem Fest (Antes de la fiesta)* en Viena. Yo dije al público: «Quizá no se lo crean, pero el inventor del humor que están escuchando ahora está sentado entre ustedes».

A menudo los lectores dicen que sus libros son «bonitos»; y los críticos, que les falta un toque rebelde.

Un buen amigo me dijo una vez que mis libros resultaban inofensivos para él porque no había nada malo en ellos. En *Vor dem Fest (Antes de la fiesta)*, los nazis duermen; en *Cómo el soldado repara el gramófono* la violación ocurre tras una puerta cerrada. Confío en que los lectores saben llenar los espacios vacíos en el texto. Basta con mostrar el momento anterior y el posterior para completar lo que ocurre entre medias. Soy un narrador, no un voyeur. Pero también entiendo lo que quería decir mi amigo. A mí me interesan más la misericordia y el cariño que sus contrarios.

El elemento conciliador se muestra en *Los orígenes* sobre todo en un personaje. Habla del avance de la demencia de su abuela, que vive en Višegrad y espera a que su marido ya fallecido aparezca en la puerta.

Mi abuela falleció el año pasado, poco antes de que terminase el libro. Antes de eso fue perdiendo la memoria poco a poco. Se enfadaba y se ponía agresiva cuando no se acordaba o no reconocía algo. Lo único que servía era ayudarla a pasar de ese estado y hablar de tiempos pasados. Pero cuando yo no sabía lo que se le había olvidado, empezaba a inventármelo.

Mientras la abuela va perdiendo los recuerdos, el nieto los va inventando.

Mi libro está escrito con la enfermedad de mi abuela: lleno sus lagunas de memoria con mi ficción. En todas las historias sobre orígenes hay vacíos. Como la cuestión de si mi bisabuelo, almadiero en el Drina, sabía nadar o no. He utilizado estos vacíos para inventarme cómo se podrían haber conocido mis bisabuelos. Esa fue la única vez que mi bisabuelo saltó al agua del río y nadó hacia mi bisabuela.

En esos casos el olvido también puede ser una oportunidad.

El olvido siempre fue mi enemigo porque consigo muchos textos gracias a la memoria. Por suerte, conservaba mis cuadernos de vocabulario y diarios de entonces. Sin esas notas no podría haber escrito muchos de los fragmentos de Heidelberg. Sin embargo, me gustaría olvidar algunas cosas. Por ejemplo, durante la guerra vi cómo mataban un caballo. Horrible. Pero desde que narré esa escena en *Cómo el soldado repara el gramófono*, la escena inventada se ha situado sobre el recuerdo. Sé que mataron a ese caballo, pero ya no guardo ninguna imagen en mi memoria, solo la escena que inventé para el libro. Así se cubren los recuerdos dolorosos. A veces la ficción hace que la realidad sea más llevadera.

Al contrario de lo que ocurre en otras historias de huida, en *Los orígenes* los fragmentos de texto están relacionados entre sí y los vacíos tan solo se esbozan. ¿La ficción es un remedio sanador?

Escribir e inventar historias siempre me ha ayudado a ver con más claridad todo lo que ocurre a mi alrededor. Esta vez la experiencia ha sido más intensa: las relaciones dentro de mi familia se han relajado; como si contar esas historias no solo me hubiera ayudado a mí, sino también a ellos.

Premio Alemán del Libro 2019

Los orígenes es un libro sobre la primera casualidad que marca nuestra biografía: nacer en un lugar determinado. Y sobre lo que viene después. *Los orígenes* es un libro sobre los lugares de donde vengo, tanto los recordados como los inventados. Un libro sobre el idioma, el trabajo clandestino, la carrera de relevos de la juventud y muchos veranos. El verano en que mi abuelo le dio tantos pisotones a mi abuela en mitad de un baile que yo por poco no nazco. El verano en que casi me ahogué. El verano en que las autoridades alemanas no cerraron las fronteras y se pareció a aquel otro verano en que tuve que huir a Alemania y cruzar muchas fronteras.

Los orígenes es una despedida de mi abuela, que sufre demencia. Mientras yo colecciono recuerdos, ella pierde los suyos.

Los orígenes es triste, porque para mí el origen tiene que ver con algo que ya no se puede tener. *Los orígenes* también son: un almadiero, un guarda frenos y una profesora de Marxismo que ha olvidado a Marx. Un nacionalismo. Un Yugo. Un Tito. Un Eichendorff. Un Saša Stanišić.



12 NOVIEMBRE

Traducción de Belén Santana López
14,50 x 22,00 | 368 pp | Rústica
978-84-1362-080-0 | 3455178
€ 18,00



«Saša Stanišić es un poeta y un revolucionario que ha encontrado en el lenguaje su auténtico hogar». *Rolling Stone*

«Lisa y llanamente, uno de nuestros mejores narradores». *Die Welt*

«*Los orígenes* es un cambiaformas narrativo. Y eso es lo que es conmovedor, increíble y maravilloso de este libro».

Frankfurter Allgemeine Sonntagszeitung

«Las habilidad de Stanišić es resaltar momentos iluminándolos con un aura de cuento de hadas mientras crea curiosidades poéticas y giros lingüísticos brillantes». *Deutschlandfunk Kultur*

«Stanišić hace lo que se le da mejor: inventar historias que son salvajes, precisas y cargadas de humor». *Der Freitag*

«Con su fantástica prosa, Stanišić resucita a los muertos con un sumario contra el olvido, con el que cruza los límites del tiempo». *FAZ*

«Saša Stanišić ha escrito una novela con muchas capas sobre la huida, su viaje a Alemania y la magia de la literatura». *Der Standard*

«Si existe una generación dorada de literatura alemana contemporánea con un contexto migrante, Saša Stanišić es su líder». *Die Zeit*

SAŠA STANIŠIĆ nació en Visegrad (Yugoslavia) en 1978 y vive en Alemania desde 1992. Sus relatos y novelas se han traducido a más de 30 idiomas y han sido merecedores de numerosos premios. Saša Stanišić ha sido galardonado, entre otros, con el Premio de la Feria del libro de Leipzig por su novela *Antes de la fiesta* y muy recientemente con el Premio Alemán del Libro 2019 por

Los orígenes, así como con el Premio Eichendorff y el Premio Hans Fallada, que concede la ciudad de Münster. Saša Stanišić vive y trabaja en Hamburgo.

AdN Alianza de Novelas



wwwAdNovelas.com
adn@adnovelas.com